

pero habrá poco más de un año que mi dicho esposo, olvidado de sus obligaciones, y prendado de una buena mujer que, como muchas, tuvo arte para hacerlo mal marido y mal padre, me ha dado una vida bastante infeliz y me ha hecho sufrir hambres, pobrezas, desnudeces, enfermedades y otros mil trabajos, que aún son pocos para satisfacción de mis pecados.

La disipación de mi marido nos acarreó á todos el fruto que era natural: ésta fué la última miseria en que me ve usted y él se mira.

Cuando fué hombre de bien sostenía su casa con decencia, porque tenía un cajoncito bien surtido en el Parián y contaba con todos los géneros y efectos de los comerciantes, en virtud del buen concepto que se tenía granjeado con su buena conducta; pero cuando comenzó á extraviarse con la compañía de sus malos amigos, y cuando se aficionó de su otra señora, todo se perdió por momentos. El cajoncito bajó de crédito con su ausencia; el cajero hacía lo que quería, fiado en la misma; porque mi esposo no iba al Parián sino á sacar dinero y no á otra cosa; la casa nuestra estaba de lo más desatendida, los muchachos abandonados, yo mal vista, los criados descontentos y todo dado á la trampa.

Es verdad que cuando á mí me pagaba casa de á diez pesos y me tenía reducida á dos tunicos y á seis reales de gasto, tenía para pagar á su dama casa de

veinte, dos criadas, mucha ropa y abundantes paseos y diversiones; pero así salió ello.

Al paso que crecían los gastos se menoscababan los arbitrios. Dió con el cajón al traste prontamente, y la señorita, en cuanto lo vió pobre, lo abandonó y se enredó con otro. A seguida vendió mi marido la poca ropa y ajuar que le había quedado, y el casero cargó con el colchón, el baúl y lo poco que se había reservado, echándonos á la calle, y entonces no tuvimos más recurso que abrigarnos en esta húmeda, indecente é incómoda accesoria.

Pero como cuando los trabajos acometen á los hombres llegan de tropel, sucedió que los acreedores de mi marido, sabedores de su descubierto y satisfechos de que había disipado el principal en juegos y bureos, se presentaron y dieron con él en una prisión donde lo tienen hasta que no les facilite un fiador de seis mil pesos que les debe. Esto es imposible, pues no tiene quién lo fte ni en seis reales, ni aun sus amigos, que me decía que tenía muchos, y algunos con proporciones; aunque ya se sabe que en el estado de la tribulación se desaparecen los amigos.

La miseria, la humedad de esta incómoda habitación y el tormento que padece mi espíritu, me han postrado en esta cama no sé de qué mal, pues yo que lo padezco no lo conozco; lo cierto es que creo que mi



muerte se aproxima por instantes, y esta infeliz chiquita espirará primero de hambre, pues no tienen mis enjutos pechos con qué alimentarla; estas otras dos criaturas quedarán expuestas á la más dolorosa orfandad; mi esposo entregado á la crueldad de sus acreedores, y todo sufrirá el trágico fin que le espera.

Esta, señor, es mi desgraciada historia. Ved si con razón dije que mis penas son de las que no se alivian con contarlas. ¡Ay, esposo mío! ¡Ay, Anselmo, á qué estado tan lamentable nos condujo tu desarreglado proceder!...

—Perdone usted, señora, le dije; ¿quién es ese Anselmo de quien usted se queja?

—Quién ha de ser, señor, sino mi pobre marido, á quien no puedo dejar de amar, por más que alguna vez me fuera ingrato.

—Ese es un carácter noble, le dije.

Y á seguida me informé y quedé plenamente satisfecho de que su marido era aquel mi amigo Anselmo, que no me conoció, ó no me quiso conocer cuando imploré su caridad en medio de mi mayor abatimiento; pero no acordándome entonces de su ingratitud, sino de su desdicha y de la que padecía su triste é inocente familia, procuré aliviarla con lo que pude.

Consolé otra vez á la pobre enferma; hice llamar á una vieja vecina, que la quería mucho y solía llevarle

un bocadito al mediodía, y ofreciéndole un buen salario se quedó allí sirviéndola con mucho gusto.

Salí á la calle, ví á mi amo, le conté el pasaje, le pedí dinero á mi cuenta, lo hice entrar en un coche y lo llevé á que fuera testigo de la miserable suerte de aquellas inocentes víctimas de la indigencia.

Mi amo, que era muy sensible y compasivo, luego que vió aquel triste grupo de infelices, manifestó su generosidad y el interés que tomaba en su remedio.

Lo primero que hizo fué mandar llamar un médico y una chichigua, para que se encargasen de la enferma y de la criatura. En esa noche envió de su casa colchón, sábanas, almohadas y varias cosas que urgían con necesidad á la enferma.

No me dejó ir á San Agustín por entonces, y al día siguiente me mandó buscar una viviendita en alto. La solicité con empeño, y á la mayor brevedad mudé á ella á la señora y á su familia.

Con el dinero que pedí habilité de ropa á los chiquillos, y no restando más que hacer por entonces, me despedí de la señora, quien no se cansaba de llenarme de bendiciones y dar agradecimientos á millares. Cada rato me preguntaba por mi nombre y lugar donde vivía. Yo no quise darle razón, porque no era menester; antes le decía que aquella gratitud la merecía mi amo, que era quien la había socorrido, pues yo no era sino un



débil instrumento de que Dios se había servido para el efecto.

—Sin embargo, decía la pobre toda enternecida, sin embargo de que ese caballero haya gastado más que usted en nuestro favor, usted ha sido la causa de todo. Sí, usted le habló, usted lo trajo y por usted logramos tantos favores. Él es un hombre benéfico, no lo dudo, ni soy capaz de agradecerle ni pagarle lo bueno que ha hecho conmigo y mis criaturas; pero usted es á más de benéfico, generoso, pues gasta con liberalidad siendo un dependiente, y...

—Ya está, señora, ya está, le dije; restablézcase usted, que es lo que nos importa, y adiós, hasta el domingo. —¿Viene usted el domingo á verme y á sus hijos? —Sí, señora, vengo.

Les compré fruta á los muchachitos, los abracé y me despedí, no sin lágrimas en los ojos por la ternura que me causó oírme llamar de papá por aquellos inocentes niñitos, que no sabían cómo manifestarme su gratitud sino apretándome las rodillas con sus bracitos y quedándose llorando, rogándome que no me fuera. Trabajo me costó desprenderme de aquellas agradecidas criaturas; pero por fin me fuí á mi destino, reencargándolas á mi amo y á Pelayo.

Al domingo siguiente vine sin falta. No estaba mi amo en casa, y así, en cuanto dejé el caballo, fuí á ver

cómo estaba la enferma y sus niños; pero ¡cuál fué mi gusto cuando la hallé muy restablecida y aseada, jugando en el estrado con sus niños! Tan entretenida estaba con esta inocente diversión, que no me había visto, hasta que diciéndole yo: — Me alegro mucho, señorita, me alegro. — Alzó la cara, me vió, y conociéndome se levantó, y llena de un entusiasmo imponderable y de un gozo que le rebosaba por sobre la ropa, comenzó á gritar: — Anselmo, Anselmo; vén breve, vén á conocer al que deseas. Anda, vén; aquí está nuestro amigo, nuestro bienhechor y nuestro padre. — Los niños se rodearon de mí, y estirándome de la capa me llevaron al estrado al tiempo que salió de la recámara Anselmo.

Sorprendióse al verme, fijó en mí la vista, y cuando se satisfizo de que yo era el mismo Pedro á quien había despreciado y tratado de calumniar de ladrón, luchando entre la gratitud y la vergüenza, quería y no quería hablarme. Más de una vez intentó echarme los brazos al cuello, y dos veces estuvo para volverse á la recámara.

En una de éstas, mirándome con ternura y rubor, me dijo: — Señor... yo agradezco... — Y no pudiendo pronunciar otra palabra bajó los ojos. Yo, conociendo el contraste de pasiones con que batallaba aquel pobre corazón, procuré ensancharlo del mejor modo; y así, tomando á mi amigo de un brazo y estrechándolo entre



los míos, le dije: — ¡Qué señor ni qué droga! ¿No me conoces, Anselmo? ¿no conoces á tu antiguo amigo Pedro Sarmiento? ¿Para qué son estas extrañezas ni esas vergüenzas con quien te ha amado tanto tiempo? Vamos; depón ese rubor, reprime esas lágrimas y reconoce de una vez que soy tu amigo.

Entonces Anselmo, que había estado oyéndome con la cabeza reclinada sobre mi hombro izquierdo, alentado con mis palabras, alzó la cara, y volviéndose á su esposa le dijo:

—¿Y tú sabes, querida mía, quién es este hombre benéfico que tanto nos ha favorecido?—No; no he tenido el gusto de saberlo, dijo la señora; sólo reconozco en él un singular bienhechor, á quien todos debemos la vida, la subsistencia y el honor. — Pues sábetelo, hija mía, que este señor es don Pedro Sarmiento, mi antiguo amigo, á quien debí mil favores y á quien le correspondí con la mayor villanía en las circunstancias más críticas en que necesitaba mis auxilios.

Hincóse á este tiempo, y abrazándome tiernamente me decía: — Perdóname, querido Pedro; soy un vil y un ingrato; mas tú eres caballero y el único hombre digno del dulce título de amigo. Desde hoy te reconoceré por mi padre, por mi libertador y por el amparo de mi esposa y de mis hijos, á quienes hice desgraciados por mis excesos. No te acuerdes de mi ingratitud; no paguen

estos inocentes lo que yo solo merecí... seremos tus esclavos... nuestra dicha consistirá en servirte... y...

—Por Dios, Anselmo, basta, le dije, levantándolo y apretándolo en el pecho. Basta, soy tu amigo, y lo seré siempre que me honres con tu amistad. Serénate y hablemos de otra cosa. Acaricia á tus niños, que lloran porque te ven llorar. Consuela á esta señora, que te atiende entre la aflicción y la sorpresa. Yo no he hecho sino cumplir en muy poco con los naturales sentimientos de mi corazón. Cuando hice lo que pude por tu familia, fué condolido de su infeliz situación, y sabiendo que era tuya, cuya sola circunstancia sobraba para que, cumpliendo con los deberes de la amistad, hiciera en su obsequio lo posible. Pero después de todo, Dios es quien ha querido socorrerte; dale á Su Majestad las gracias y no vuelvas á acordarte de lo pasado, por vida de tus niños.

Quería yo despedirme, pero la señora no lo consintió; tenía el almuerzo prevenido, y me detuvo á almorzar.

Nos sentamos juntos muy gustosos, y en la mesa me informaron como Pelayo y mi amo habían desempeñado tan bien mi encargo, que no contentos con socorrer á la enferma y su familia, solicitaron á los acreedores de Anselmo, y á pesar de hallar á algunos inexorables, rogaron tanto y se empeñaron tanto, que